

Listo ya para la hoguera

DOMINGO DÍAZ ASENSIO

Listo ya para la hoguera

DOMINGO DÍAZ ASENSIO



DOCE
CALLES

Índice

<i>Prólogo. Los dos lados del fuego. de Laureano Albán</i>	11
<i>Prefacio</i>	19
<i>Agradecimientos</i>	21
<i>I. Liberando la sombra</i>	
<i>Perito en oscuridades</i>	27
<i>Herido de sombra</i>	29
<i>Dioses en retirada</i>	31
<i>La paz no es ninguna paloma</i>	32
<i>Arqueólogo de humildades</i>	30
<i>Gravedad traidora</i>	33
<i>Esencias de lo herido</i>	34
<i>Reo de insuficiencias</i>	35
<i>Tarde de peces</i>	36
<i>Todo lo que soy</i>	37
<i>La carne de las horas</i>	38
<i>Siempre yunque</i>	39
<i>Desmesura</i>	41
<i>II. Encontrando la Luz</i>	
<i>Mis licores favoritos</i>	47
<i>La sangre seca de tus lágrimas</i>	49
<i>El blanco itinerario de tus besos</i>	50
<i>...Y si me besas</i>	51
<i>Tus besos nuevos</i>	53
<i>Verdades de lluvia</i>	54
<i>Los límites del centro</i>	55
<i>Palabras de última hora</i>	56
<i>Primera línea de fuego</i>	57
<i>El horizonte de lo eterno</i>	58

<i>Epitafio de la cordura</i>	60
<i>El viejo sueño hiperbóreo</i>	62
<i>En los suburbios de la razón</i>	63
<i>III. Listo ya para la hoguera</i>	
<i>Abierto 24 horas</i>	69
<i>Despacio</i>	71
<i>No hay más</i>	73
<i>Más allá</i>	74
<i>Aeropuerto</i>	75
<i>Doctor en paraísos</i>	77
<i>Una larga carretera nocturna</i>	78
<i>Ella</i>	80
<i>Los Tiempos Grandes</i>	82
<i>No tengo nada</i>	84
<i>"Blood Pressure"</i>	85
<i>En amor</i>	86
<i>Aún queda vida</i>	88
<i>Epílogo</i>	
<i>Tu Santísima Trinidad</i>	89

Domingo pretende que este libro llegue a ser una hoguera, como lo es él, quizá sí, quizá no, quizá tanto...

La última vez que vi a Domingo fue en julio del 2010, cuando junto con otros escritores españoles peregrinó a esta Cintura del Mundo, para escuchar un irreverente curso titulado *Los secetos de aladino*, sobre el desarrollo del Genio Creador.

Así las cosas, después de soportar mis delirios inconclusos durante varios días, se marchó a deambular por los lluviosos litorales del Pacífico sur de mi país, y luego –según rumores– continuó su viaje por los alrededores de la Pérfida Albión. ¿Una búsqueda imposible de lo posible en sí? Encontrando y olvidando, olvidando y encontrando, como los que están a punto de morir o de nacer...

A su retorno a España quemó gran parte de su obra, y de las chispas de esa liminar hoguera nació esta Ave Fénix, lista también para la hoguera, según él. Porque si Domingo es una paradoja, su obra también lo es, una dicotomía zaherida entre el canto y el concepto:

“Un platillo en el cieno,
un platillo en el cielo”.

Como enunciaba Juan Ramón Jiménez la naturaleza humana. Dicotomía bipolar que la hiperestesia creativa del poeta, convierte en canto.

Esta obra está enmarcada entre esos dos opuestos ineludibles. Como él mismo se ha atrevido a confesarlo en el prefacio:

“Tal y como la poesía me ha permitido contarle, y que tiene más que ver con cómo ella lo ve y lo siente que como lo hago yo mismo, a través de todos mis filtros mentales y racionales”.

Es probable que nada domine tanto a Domingo, como las batallas entre el alma y la mente. Llegando al extremo de afirmar, al inicio del capítulo primero, con inesperado entusiasmo:

“El botín es la palabra”.

Si existe una afirmación, también oximorónica, que identifique la poesía de Domingo, podría ser aquella de don Miguel de Unamuno: “Siente el pensamiento, piensa el sentimiento.”

Y así, de la mano de este paradójico y complementario axioma de don Miguel, la poesía de Domingo deslumbra siempre entre claroscuros:

“No me des, Dios, aún la luz
sin antes haber sido
perito en oscuridades”.

Sin embargo, más allá del conceptismo que lo impulsa y define, es quizá en las orfandades intrínsecas del amor, donde Domingo acomete lo inabarcable, lo inconcluso siempre de todas las intuiciones:

“Amo en lo inabarcable
y me sobran vida y fuego
para rendir horizontes en tus manos.
Amo en el mar de lo eterno
como los cielos me han ordenado.
Amo así y allí hasta donde
la sonrisa de la muerte aguarda.
Desmesura y Amor
cabalgan mi alma copulando.”

“Amo tanto...
como mi Ser se aferra y muerde la vida.
Y te amo a Ti,
con la misma terquedad con que los soles
viven y mueren cada horizonte.”

Hay libros perfectos, en que poco o nada “cruje”, pero ahora a mis setenta y un años, lo perfecto me asusta. Esta es la anécdota.

En *Herencia del otoño* (Premio Adonais, 1979) le dediqué un largo poema, titulado *Tránsito del hombre*, a Vicente Alexandre, entonces Carlos Bousoño me llamó y me dijo que Vicente quería conocerme. Fue un encuentro casi de alas heridas del pasado: Él, con esa blanquísima transparencia, casi espiritual, que emanaba de su adolorida presencia, y yo, con aquel agradecido y disimulado entusiasmo de joven poeta que ingenuamente se sentía conquistando España. Le leí el poema, y recuerdo su intrigante reacción: “¡Ah, su poesía tiene manantío, fluye y fluye, pero hace falta algo que cruja en el poema, como en el ser humano!”.

Desde entonces sé que la perfección formal en la literatura, es algo impostado. Porque quizá lo “perfecto” es oximóricamente “imperfecto”.

He contado esta anécdota porque Domingo Díaz, sin conocerla, la cumple dramáticamente. No sé si acertando u olvidando, pero su poesía es una...

“Boca que relata las esencias de lo herido
con sílabas de algodón deliberadas”.

Y así, de las luchas entre el alma y la mente, “el botín es la palabra”...
Veámoslas luchar:

“¿Y si contara con tu verso
para ganar una guerra?
¿Seguiría tu voz

apuntalando el viento?
Sabrás que sigo cabalgando nubes
si has respirado mi aliento,
y sembrando de alas las calles oscuras”.

“Sabrás que tiento a las madrugadas,
con gritos prohibidos, con juramentos,
y de tanto en tanto y enardecido
imputo a Dios y subrogo tu cuerpo.

Y ya acampado en la sombra
acecho las curvas del silencio,
instalo trampas a palabras fugitivas
y muerdo con saña los bordes del tiempo.”

Hace mucho tiempo a la entrada de un cortijo andaluz, que algún nostálgico construyó paradójicamente en Chinchón, destacaba en bronce un letrero: *“Lo que más admiro de un hombre es la duda”*.

Quizá igualmente Domingo se afirma entre la poesía y el concepto, entre la poiesis y la mimesis. De pronto usa un “lugar común expresivo” casi imperdonable, como en...

...“la travesía oscura
de la noche de las almas”.

Y casi de inmediato, con una originalidad creadora notable, nos habla de...

“...el brutal arpegio de las olas”.

Me atrevo a terminar con una sospechosa afirmación, porque después de leer este libro sin asideros, siento que la duda –que ya vimos que es la mayor sabiduría–, me acosa desde todos los rincones del recuerdo:

afinada poiesis junto a contundencias inesperadas, precisiones casi científicas junto a liberaciones metafísicas y confesiones existenciales...

¿Pero quién es Domingo? Quizá sucedáneamente podríamos preguntar: ¿Qué es su poesía sí o su poesía no? me atrevería a sugerir, que esta obra es paradójicamente una “mostración” –como en *El sermón de la flor*, del Buda–.

Quizá en la contradicción salta la chispa. La chispa que siempre es luz, porque como afirma Domingo en uno de sus últimos poemas:

“No hay más promesa que la luz
que llevas contigo,
donde quiera que vayas”.

Escribo esto desde Costa Rica, la que imaginativamente ha sido llamada la Cintura del Mundo, quizá por su fragilidad geológica, porque en dos ocasiones se ha sumergido en el mar y a vuelto a surgir... Tal como ahora Domingo lo está haciendo con este nuevo libro: resucitar...

Prefacio

La poesía y yo

La poesía es el lenguaje en que se expresan los dioses. Tiene existencia por sí y a pesar nuestro. Y es desde la vivencia de nuestra divinidad donde se nos muestra y ofrece, lúdica y profunda a la vez, para robarnos el alma y devolvérnosla magnificada y serena. La poesía viene de lejos, de muy allá, toma en nosotros aquello que es más sincero, más valiente, más noble, y lo convierte en Arte, Pasión y Misterio.

La poesía juega conmigo a sorprender y sorprenderme. Es una especie de explorador que recorre los rincones más íntimos y desconocidos de mi alma y se divierte mostrándolos a su estilo, para que yo sepa quién soy, y en esa faceta es una maestra insuperable. En su juego, a veces se hace cuento, a veces literatura, ella decide siempre.

Pero le gusta más tomarme cuando juego a ser Dios conmigo mismo, y por eso se vuelve trascendente, y así se muestra a mi través, independientemente de mi voluntad. Es mi dueña y señora, y en esa calidad yo le amo y ella me permite vivir. Ese es el pacto.

Listo ya para la hoguera

Esta ópera prima es un relato del transcurrir de mi alma por este mundo, tal y como la poesía me ha permitido contarle, y que tiene más que ver con cómo ella lo ve y siente que como lo hago yo mismo, a través de todos mis filtros mentales y racionales y mis aculturaciones e influencias sociales. Este es otro aspecto de la magia de la poesía. Sus especiales procedimientos de aproximación a la verdad.

En Listo ya para la hoguera, la poesía cumple su primordial función terapéutica del alma y, en un sorprendente proceso interactivo con la evolución de ésta, va liberándola de la telaraña emocional del mundo, de la trama del sentimiento humano, hasta conducirla a los lejanos campos sembrados de luz, al reino cristalino de las esencias, a los territorios

etéreos del Ser, a la vista y tacto de la Tierra Prometida, donde se halla su auténtico origen y su verdadero destino final. Todo ello sin renegar del mundo y sus circunstancias, más al contrario, llegando a reconocerlo y envolverlo en amor, como es propio de la auténtica naturaleza del Ser.

Perito en oscuridades

Muchas cuentas por pagar
llenando sueños de espadas,
desmadejando la noche
en ciénaga de anhelos.

Antiguas deudas de sombra
con tasa de interés en lágrimas
en las sucursales del dolor.
Exhiben pagarés de olvido.

Mi herencia,
un manojo de ortigas blancas
y de penas marchitas y espinosas
que estrangulan alientos no nacidos.

Mi linaje,
la huella magnificada de un pasado
aún girando en círculos de niebla
sin el hilo de Ariadna de Tu nombre.

No me des, Dios, aún la luz,
hazme experto en sordideces,
no me des palomas ni lirios blancos,
dame insomnios clarividentes,
borracheras lúcidas de mí.
Llévate lejos las costas de Ítaca
mientras no tenga el valor de explorar
la cara oculta de la sombra.

No me des, Dios, aún la Luz,
sin antes haber sido
perito en oscuridades.

Herido de sombra

Hoy he vuelto al mar con heridas nuevas,
las certeras puñaladas del miedo,
los fieros latigazos de la ira,
los crueles hachazos de la soberbia.

Herido de sombra, he vuelto al mar,
a implorar a mi propio verdugo
el alto el fuego de toda violencia.

¡Déjame descansar, carne irreverente!
¡Deja de destilar inmisericorde
la ira de lo ya extinto!.

¡Basta de desgarrar con furia
los tapices coloridos de mi alcoba
y dame un poco de paz hipotecada!

No encontré agua para tanta sangre,
delatora y cobarde.

Pájaros miran y esperan
con su ronca algarabía de silencios.

Dioses en retirada

Tu Dios se esconde...

las surgencias se han detenido
y las siempre cobardes palabras
huyeron lejos y deprisa,
dejando labios heridos, dolor.

Estos son los espaciotiempos
de las almas encarceladas,
preludio de horas inconfesables
y de abismos no invocados.

Fe confusa y doblegada,
desaliento sorprendido en fuga,
sueños postergados.

Dioses en retirada...

La paz no es ninguna paloma

Nos ha tocado transitar
los espesos tiempos de la soberbia,
oír predicar a los comerciales
las excelencias de lo ya muerto.

Es este un tiempo de leones
que rugen a mi diestra
puñales oxidados,
una tierra de chacales
aullando a mis espaldas
heces ideológicas.

La paz no es ninguna bandera,
ninguna proclama ni símbolo,
no es un balido institucionalizado
ni es, estrangulado, un grito.

Tal vez sea un canto que surge espontáneo,
un “basta ya” de las masas sin miedo
y puede que hasta un “amémonos” limpio
que fluye masivo, sin prisa, en silencio.

La paz no es ninguna paloma.

